

José María de Santiago y Luque (1917-1964)

POR BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



José María de Santiago y Luque.

Antes que el incendio de 1941 cambiara la fisonomía de la ciudad de Santander y que la población sufriera los efectos de la guerra civil, la vieja puebla marinera, puerto de Castilla que se titulaba pretenciosamente la Sidón ibera, presentaba al viajero dos distintivos que la caracterizaban: uno comercial e intelectual, el otro. En los muelles, algunos de madera, de aquel Santander de principios de siglo atracaban viejos veleros que hacían la ruta de cabotaje y también los vapores de las líneas que comunicaban y transportaban mercancías y pasaje con América.

Un público curioso provinciano presenciaba la salida por la escala de aquellos emigrantes que llegaban con la maleta rota o, lo que era peor, sin ella «por habérseles caído al agua» y también de no pocos indianos y familiares que retornaban ya retirados al pueblo que les vio nacer o, simplemente, para pasar una temporada.

El puerto significaba el alma comercial de aquel Santander que hoy se recuerda con nostalgia, y hasta su bahía de cambiantes grises llegaban los instrumentos de su comercio, que en otra época fue incluso más importante. Ya por entonces en el puerto se notaban los síntomas de una decadencia que previó el descubridor de Altamira, don Marcelino Sanz de Sautuola, cuando escribió a Menéndez Pelayo en marzo de 1885 solicitando su influencia para evitar «la completa ruina de este puerto, agonizante ha tiempo» (1).

Este comercio nacional de ultramar servía de complemento a la riqueza pecuaria que comenzaba en aquellas fechas a importar ganado holandés, que iba a ser después la raza dominante de la Montaña. Un natural sentimentalismo, en gran parte apoyado por los veterinarios, abogaba, sin embargo, por la conservación y mejora de las razas locales autóctonas. Uno de estos veterinarios era el inspector provincial de Higiene y Sanidad Pecuarias, Carlos Santiago Enríquez, que en la primera década del siglo había sido destinado a esta provincia. Carlos de Santiago pertenecía a la primera promoción de este Cuerpo Nacional de inspectores, y apenas llegado a la capital de la Montaña tomó la resolución de estudiar y fomentar su cabaña ganadera. Hombre trabajador, decidido e inteligente, al que Gordón Ordás calificó de «espejo de honradez y lealtad», en los dieciocho años que ejerció en Santander llevó a cabo un interesante programa de fomento pecuario y a él se debe también uno de los primeros y más completos estudios zootécnicos de las razas sanderinas (2).

Al poco tiempo de su llegada a esta ciudad, con-

cretamente el 1 de enero de 1912, Carlos Santiago Enríquez presidió la primera reunión en la que quedó oficialmente constituido el Colegio de Veterinarios de Santander con 29 adheridos. Fue el citado inspector de Higiene Pecuaria quien hizo el primer Reglamento y a quien se eligió presidente por unánime votación, haciendo de secretario, Cesáreo Varela Varela, de Torrelavega.

Entre los acuerdos de aquella memorable sesión, la primera del Colegio de Veterinarios de Santander, se acordó nombrar presidentes honorarios a don Santiago de la Villa y a don Dalmacio García Izcara, así como a los senadores de la provincia don Ramón Fernández de Hontoria y don Manuel E. Pico. Asimismo se declaró Órgano Oficial del Colegio a la *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria* y se nombraron colegiados honorarios a diversas personas, incluidos algunos entusiastas ganaderos.

Durante su mandato fue un hombre enérgico y organizador, que puso en marcha el Colegio de Santander, y al que su afán de estímulo y crítica de los profesionales le acarreó trabajos y sinsabores, tal como reflejan las actas. Debe recordarse, a este respecto, la sesión del 10 de diciembre de 1914 de la Junta General extraordinaria de colegiados, en la que Santiago Enríquez expuso «en un atinado discurso» la necesidad de que la veterinaria provincial rompiera con los viejos moldes y se emancipara mejorando su situación económica, harto deplorable entonces según dijo, para lo que tenía que poner a tono sus emolumentos con las necesidades del momento. Las primeras reuniones se hicieron en las oficinas de la Inspección Provincial de Higiene Pecuaria y más tarde en el salón de la Cámara de Comercio de la ciudad. En 1916 se aprobó la ley de Epizootias y su Reglamento y en 1922 se declaraba obligatoria la colegiación. En ese año dejó de ser presidente Carlos S. Enríquez. Una de sus intervenciones más importantes en el Colegio de Santander tuvo lugar en abril de 1922, cuando visitó Gordón Ordás esta ciudad y presidió la reunión de colegiados. Allí estaban aquel día veterinarios prestigiosos, como Sánchez Caro, Mariano Ramos, Cesáreo Varela, Aguinaga, etcétera. En su discurso, Gordón Ordás dijo que «la Sociedad estima a los profesionales por lo que dan al bien común». Por este motivo les exigía que sus actos estuvieran siempre presididos «por la pureza de intenciones». Aludió también en aque-

lla sesión a la unidad profesional, la clasificación de partidos, la renovación y ampliación del programa de estudios veterinarios, etc.

Vivía entonces la familia de Santiago Enríquez en una de las calles más típicas de aquel Santander de principio de siglo, calle tranquila, que no sé por qué razón se la había denominado del Sol. A decir verdad sería solamente en verano cuando sus casas, de amplias galerías, y los hotelitos o chalets de piedra, con sus terrazas delanteras y negras verjas, muy al estilo modernista, podían disfrutar de un sol confortable. La calle se continuaba por el llamado Paseo de la Concepción, descrito por Gutiérrez Solana en su capítulo de Santander en *La España negra* y contiguo también a los típicos barrios de San Simón y a los de pescadores de Tetuán y Puerto Chico (3).

Hacía poco que la familia se había trasladado allí procedente de otra calle, también vinculada a la historia de la ciudad, la de Méndez Núñez, en cuyo número 8 vino al mundo el 18 de julio de 1917 uno de los hijos del veterinario jefe de Higiene y Sanidad Pecuarias. Es curioso cómo la fecha de nacimiento, un 18 de julio, del niño al que



El profesor don José María de Santiago y Luque, catedrático de Veterinaria de Patología General, Propedéutica y Enfermedades Esporádicas.



José María de Santiago y Luque en una fotografía clásica de estudiante.

se puso el nombre de José María, iba a tener después un especial significado en su vida.

El pequeño José María acudió en el aprendizaje de sus estudios primarios a un colegio particular de los muchos que había entonces en Santander y que se llamaba «del Santo Ángel», tal vez como garantía de una protección especial para aquella caterva de críos alborotadores a los que sus padres enviaban a los colegios más como descanso para ellos, y con el fin de acostumbrarles a la convivencia, que por las ventajas de aprendizaje de las primeras letras. Regentaba, según creo, el colegio un matrimonio, al que yo conocí ya viejos, instalados en la calle de Velasco, ahora de Hernán Cortés, en los años después de la guerra.

A los nueve años, según era costumbre, José María se presentó al examen de ingreso en el Instituto General y Técnico de Enseñanza Media, más conocido por el Instituto de la calle Santa Clara, alzado con nueva planta sobre el solar que albergó al antiguo, donde se formó aquella generación de hombres ilustres del Santander que Marañón definió como «foco potente de espiritualidad».

Allí estudiaron Pereda y Menéndez Pelayo, el naturalista González de Linajes, el descubridor de Altamira, Sanz de Sautuola; el poeta León Feli-

pe, el general Díez Vicario, e hizo su ingreso Gregorio Marañón (4). Aquellos catedráticos del viejo Instituto santanderino, liberales unos y conservadores otros, tuvieron una capital importancia en el resurgir intelectual de la ciudad marinera y dieron también un ejemplo de convivencia política e intelectual.

Debido al cambio de destino de su padre, trasladado a Zaragoza, el joven José María pasó a cursar el segundo año de bachillerato (1927-28) al Instituto de Enseñanza Media de esta ciudad, donde desarrolló tres años más de escolaridad hasta el quinto curso. Un nuevo traslado de la familia a Madrid en 1932, le obliga a finalizar el bachillerato, cursado siempre con excelentes calificaciones, en el Instituto Calderón de la Barca. Siguiendo la tradición familiar, decide entonces estudiar Veterinaria y se presenta al ingreso en octubre de 1933 en la Escuela Superior de Veterinaria, en el viejo caserón de la calle Embajadores. Ya instaurada la República, el ambiente universitario era, como ha recordado Domingo Carbonero (5), de franca politización.

En los años de estudiante de Veterinaria, en los cuales Luque fue secretario de la F.U.E., y en la que era familiarmente conocido, alternó las clases con la asistencia al Instituto de Biología Animal, donde recibió las primeras enseñanzas en la inves-

tigación. Uno de sus condiscípulos más íntimo y entrañable nos ha transmitido generosamente un retrato psicológico, pleno de emoción, del joven estudiante de Veterinaria:

«Luque era humanamente un estudiante extraordinario, incapaz de provocar fobias, porque, aunque aparentemente algo frío, en su vida de trabajo y relación era extraordinariamente comunicativo y tenía una capacidad inmensa de recepción de las ideas de las otras personas, tanto en el orden científico como político. Si los españoles responsables tuvieran este don, entonces es cuando podríamos hablar de que la convivencia entre todos ellos sería un hecho indudable.

»Como amigo era insuperablemente generoso. Puede decirse que su espíritu de compañerismo y la grandeza de su alma le convirtieron en un *alumno-catedrático*. Recogía apuntes en todas las clases. Los contrastaba en su casa con sus libros o en la Biblioteca de la Facultad. Hacía cinco copias de las mismas y las repartía generosamente entre los compañeros, para que todos los componentes del curso se beneficiasen gratuitamente de su trabajo y de su sabiduría, cuando era costumbre arraigada en la Facultad que los alumnos más dotados de todos los cursos que realizaban semejante tarea, la comercializasen totalmente. Y su labor, en este aspecto didáctico, no acaba con el simple reparto de las copias de los apuntes, sino que se le podía ver constantemente por los pasillos del viejo e histórico edificio de la calle de Embajadores aclarando y explicando conceptos a todos los compañeros que solicitaban su ayuda. Y esta naturaleza altruística de su carácter alcanza una mayor dimensión, si se considera que no pertenecía a familia sobradamente dotada de medios económicos.

»Frente a esta descripción de Luque se podría pensar que era un estudiante que no tenía tiempo más que para su preparación científica. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. El era uno de los más entusiastas organizadores de partidos y torneos de fútbol entre nosotros, deporte que practicaba, como un chiquillo de diez años, con rabioso entusiasmo y jolgorio, en los improvisados campos del Retiro y del Manzanares madrileños de aquellos tiempos.

»Este tremendo contraste es lo que quizá nos dé la tónica del joven Luque, del que más tarde tendría que salir el hombre equilibrado en todo y digno ante adversidades y deslealtades que nunca mereció» (6).

Un día 18 de julio de 1936, día en que cumplía diecinueve años, José María Santiago Luque tuvo que dejar sus estudios de Veterinaria inconclusos porque «la paz se la llevaron los vientos calientes de julio». La prensa informaba de una sublevación militar que iba a dar origen a la guerra civil más sangrienta y dura de nuestra historia. Al día siguiente el *Diario de Navarra* del 19 de julio, al grito de ¡Viva España!, daba la noticia de que el general Mola declaraba el estado de guerra en toda Navarra. Ese mismo día el Gobierno, desde la *Gaceta*, anunciaba, a su vez, la disolución de «todas las unidades del Ejército que habían tomado parte en el movimiento insurreccional».

Consecuente con sus ideas, el joven estudiante de veterinaria se colocó, con otros muchos compañeros, al lado del gobierno legalmente constituido. En un principio, Luque presenció el desarrollo de los acontecimientos que dieron lugar a la guerra y, dada su corta edad, no tuvo necesidad de intervenir, pero la ofensiva sobre Madrid le obliga a adoptar una actitud de sacrificio pareja al del resto de los españoles de uno u otro bando. «Educado en los principios democráticos y adicto a la República, aunque apartado del activismo político al iniciarse la batalla de Madrid se alistó en una de las brigadas juveniles que se improvisaron para la defensa de la capital» (7). Dada su preparación, pudo muy bien haberse colocado en destinos más seguros en la retaguardia o como veterinario, pero a Luque le hubiera parecido cobarde cualquier determinación que no hubiera sido, en aquellos momentos, la incorporación activa al ejército popular de la República. Otros veterinarios con igual entusiasmo optaron por ponerse al lado de las tropas sublevadas nacionalistas. No debe olvidarse la gran influencia profesional que ejerció Gordón Ordás en la mentalidad política de los veterinarios españoles, aunque existió una minoría, que, si bien le admitía como líder profesional, no estaban de acuerdo con sus ideas políticas y religiosas. La participación de los veterinarios en la guerra de España de 1936-1939 está pendiente de un estudio profundo que, cuando sea posible realizarlo serenamente, pondrá de relieve el patriotismo y la labor de conservación de la cabaña nacional y de los efectivos de abastecimiento y de caballería, que tanta importancia tuvieron para los dos bandos contendientes. Otro capítulo no menos importante fue el de la convivencia política, la

protección y lealtad profesional entre hombres que profesaron muy diferentes ideologías.

La toma y defensa de Madrid llegó a constituir uno de los programas fundamentales y decisivos de la guerra y a la vez, un motivo de orgullo y propaganda. Madrid iba a ser, pues, la batalla final. En las ruinas de la Ciudad Universitaria se leía la consigna de: ¡No pasarán!, grito que el 28 de marzo de 1939 sería sustituido por el ¡han pasado!, repetido también por miles de españoles cuando al mediodía de ese día las tropas nacionalistas hicieron triunfantes su entrada en Madrid.

El general Rojo ha llegado a decir que el comportamiento y la movilización del pueblo en la defensa de Madrid sólo puede compararse con la fecha histórica del 2 de mayo de 1808.

En aquel batallón juvenil instalado en las trincheras de la Ciudad Universitaria el entusiasta José María Luque tuvo la visión trágica de lo que significaba aquella guerra que había dividido a los españoles en dos bandos. Luque tal vez pensó también en la poética «Colina de los Chopos», aquella famosa «Residencia de Estudiantes» desde donde se divisaba a lo lejos la Sierra del Guadarrama y a cuyos pies se estaba desarrollando la contienda. Era allí donde Luque venía trabajando en el Laboratorio de Histología, en la Junta de Ampliación de Estudios.

En las trincheras de la Ciudad Universitaria, donde se combate y se muere, aquellos juveniles defensores recitan poemas de Alberti y de Miguel Hernández. Poco antes de cumplirse el mes, José María Santiago Luque sufre una herida grave de bala en la sien derecha que le hace perder el ojo del mismo lado.

El comportamiento de Luque a partir de este momento pone de relieve su admirable personalidad de «noble caballero andante», idealista y sacrificado.

La familia por una natural actitud de modestia ha silenciado el generoso y abnegado gesto de aquel estudiante de Veterinaria que ya perdido un ojo se presenta una y otra vez a los reconocimientos médicos con objeto de ingresar en el Grupo de Información y Topografía de Artillería. Luque quiere seguir en el frente, pero es rechazado en los reconocimientos hasta que aprovechando la ausencia del inspector jefe médico logra pasar la prueba. En los exámenes teóricos militares dos estudiantes de Veterinaria—él uno de ellos—obtienen los dos primeros números. En calidad y consideración de

teniente prestó servicio en los frentes del Centro y Levante hasta el fin de la contienda. En colaboración con este compañero citado elaboró unos apuntes con destino a los grupos de artillería improvisados que combatían en los frentes de la República española. El armamento artillero de las milicias político-populares estaba formado entonces por cañones del 7,5 modelo Schneider, de 75 mm. de calibre, que no podían competir, pese a su facilidad de transporte, con los 8,8 alemanes tan decisivos en la victoria final de los nacionalistas. Igualmente se utilizaron por los republicanos cañones antiaéreos rusos de 76,2 mm. y 14.500 metros de alcance y por las fuerzas sublevadas artillería de origen italiano, modelo Ansaldo de 105 mm. de calibre.

Acabada la guerra vino un duro período para los vencidos que optaron por permanecer en España. Las responsabilidades políticas se extendieron retrospectivamente hasta el 1 de octubre de 1934 y los tribunales regionales sometieron a depuración a los que de forma activa se habían opuesto al movimiento nacional.

La enseñanza universitaria y de las Escuelas Superiores se pusieron de nuevo en funcionamiento. En los pasillos de la Escuela de Veterinaria de la calle Embajadores se veían ahora estudiantes, algunos también ex combatientes, con sus camisas azules y boinas rojas. El Sindicato Español Universitario (S.E.U.) acogió en sus filas a todos los estudiantes españoles.

José María Santiago Luque intentó con el natural temor reanudar sus estudios de Veterinaria, pero sufre la animadversión—disculpable quizá en aquellos momentos—de sus antiguos compañeros. La viuda nos ha transcrito brevemente los incidentes que ocurrieron ante su deseo de terminar la carrera. «Superado el consiguiente proceso de depuración, en 1940 trató de reanudar sus estudios en la Escuela de Veterinaria de Madrid, pero la pasión política acumulada y potenciada por tres años de guerra se volcó, contra sus propósitos, en una abierta animosidad de los antiguos compañeros de carrera integrados entonces en el bando vencedor, quienes no sólo se opusieron a que se matriculase de nuevo en la Escuela, sino que llegaron a la agresión física; afortunadamente, todavía había entre aquéllos algún buen amigo y compañero, como Juan Llinás, que pudo hurtar a José María Santiago de los efectos imprevisiblemente graves de la hostilidad de los otros» (8). Todavía había

de durarle tiempo esta situación que le colocaba como marginado, si bien seríamos injustos al no decir que otras muchas personas, gran parte de ellos veterinarios, le brindaron también su protección y amistad. Un antiguo jefe del S.E.U. me hablaba, hace años, de que Luque, pese a ser un compañero de ideas antagónicas a las de la Falange, les merecía el máximo respeto por su espíritu soñador, inteligencia y firmes convicciones políticas de las que nunca renegó.

En espera de una oportunidad más propicia decide entonces Luque iniciar la carrera de Medicina, que cursa en sólo cuatro años, de 1940 a 1944, con notas brillantes, en la Facultad de Madrid. Se cuenta de esa época una anécdota sumamente expresiva de su personalidad. Al examinarse brillantemente de una asignatura eran tantos sus conocimientos en la materia, en comparación con el resto de los alumnos, que el profesor, sorprendido, dicen que le preguntó: «¿A qué se debe que domine usted tanto esta materia?» A lo que Luque, no sabiendo qué contestar, replicó confuso: «Es que soy hijo de veterinario».

En esos años durísimos de la posguerra—y mucho más para él—, con objeto de poder sufragar los gastos personales y de los estudios, se ocupó en el ejercicio de dar clases particulares de muy diversas materias, principalmente de idiomas. Los estudios de Medicina le sirvieron para dar cauce a su vocación científica e inclinaciones humanistas. Era Luque hombre de unas cualidades intelectuales y de una preparación bien singulares. El estudio de su biografía, por muy sucinta que sea, pone de relieve una fuerte personalidad y una vida de lucha y entrega que le permitió en sólo 47 años trazar un programa apretado de actividades en diferentes campos, no sólo en su profesión, sino también en otras ramas culturales. «En efecto—nos decía su familia—, su inquietud por profundizar en el conocimiento del hombre y sus logros, paralela a la que sentía por adentrarse en el de la Naturaleza, viva o inerte, de su entorno, le llevó a bucear en los más dispares temas y disciplinas y hasta a irrumpir con breves ensayos—inéditos—en el campo de algunos de ellos, como los de la educación, la música, la poesía y hasta la religión. Bien dotado naturalmente para las actividades de creación artística, cultivó especialmente dos: el dibujo—que, además le serviría de poderoso instrumento auxiliar para su quehacer docente—y la

música» (9). A título de ejemplo diremos que una obra suya de este último carácter, referente al arreglo y armonización de dos villancicos populares españoles, fue interpretada en concierto en el Ateneo de Madrid y posteriormente grabada en disco por la firma Columbia.

A partir de su finalización de los estudios de Medicina se abre un segundo período de su vida de dedicación exclusivamente veterinaria, como habían sido su vocación y deseos iniciales. Ya sin oposición reanuda en 1945 los estudios de Veterinaria en la Escuela de Madrid, que simultanea con el trabajo de investigación en el Instituto de Biología Animal. En 1946 obtiene una beca de la Dirección General de Ganadería para la Sección de Patología del Instituto de Biología Animal, dotada con mil pesetas mensuales. Al año siguiente termina la carrera y se diploma en Estudios Superiores de Veterinaria con su trabajo de tesis sobre «La resistencia antihemolítica *in vitro* de los hematíes en la especie ovina», aparecido en un número especial de *Ciencia Veterinaria*.

Antes de finalizar los estudios y en los años posteriores, actúa como ayudante de prácticas en la Facultad de Veterinaria de Madrid de Anatomía Topográfica y Descriptiva, desde 1946 al 1950, así como de profesor auxiliar interino de Farmacología y Terapéutica de la misma Facultad.

En 1948 Luque obtiene otra beca del Consejo General de Colegios Veterinarios para el Instituto de Investigaciones Veterinarias de la Universidad de Madrid y al año siguiente realiza los exámenes de la Licenciatura.

A nuestro juicio, lo más destacable de este compañero fue su sentido de aprovechamiento del tiempo que el destino le había limitado. Luque no desperdició un minuto de su vida como si hubiera presentado su muerte prematura a la que la «Dama del Alba» dio una tregua desde aquel día de 1936 en que una bala le hirió gravemente en el ojo derecho. Luque fue en esto y en otras muchas cosas un hombre precoz dotado de una base de autodidacta que le permitió abarcar, como hemos dicho, campos múltiples, a los que se entregaba lleno de entusiasmo. La guerra, que para casi todos los españoles que la vivieron significó un cambio en sus vidas, no fue diferente para este veterinario que se sobrepuso a su condición de vencido y se decidió desde el principio a participar activamente en la vida española con una gran esperanza en sí mismo y en el reconocimiento que

habría de darse, con el tiempo, a su espíritu noble y esforzado.

El 3 de agosto de 1951 lograba una de sus mayores aspiraciones, y la lograba por méritos propios, al obtener el título de la cátedra de «Patología General y Propedéutica y enfermedades esporádicas» que pasó a explicar en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza. La amplia cultura media de este profesor de treinta y cuatro años, le facilita su dedicación a la enseñanza como catedrático titular de su asignatura y encargado de Curso de 1951 a 1963 de Histología y Anatomía Patológica en la misma Facultad de Zaragoza. Es ahora cuando comienza su tarea de seminarios, coloquios, cursos monográficos de doctorado y para extranjeros. Así, explica para el doctorado «Patología de la nutrición» (1951-1963) y la «Esterilidad de los animales domésticos» (1952-53 y 1960-61), en tanto que por el verano solía acudir en estas mismas fechas a los cursos de la Facultad de Verano de Jaca y Pamplona. Todos los años dedicaba el mes de noviembre a explicar diferentes temas con los que iniciaba a sus alumnos y a los veterinarios posgraduados acerca de las enfermedades esporádicas de las especies domésticas, nutrición animal, la inseminación artificial, etc.

Su salida al extranjero tiene lugar en 1954, en que es pensionado por la Dirección General de Estudios Universitarios para visitar las Escuelas Veterinarias de Francia, Bélgica, Holanda, Alemania Occidental, Suiza y norte de Italia, experiencia interesante para la que le capacitaba su conocimiento de idiomas. Esta facilidad, que tuvo desde joven, hizo que tradujera para las editoriales Labor y Acribia libros del alemán y del inglés.

Como profesor, Santiago Luque estaba dotado de unas cualidades pedagógicas envidiables. El alumno podía estar seguro de que la conjunción de la teoría y de la práctica le librarían de ídolos mentales memorísticos que la mayoría de las veces terminaban perdiéndose. Su amplia cultura y facilidad de exposición hacía, como ha escrito el profesor Sánchez Franco, que fuera un «maestro incomparable; tenía el don de la claridad y cualquier explicación suya era una lección magistral» (10).

Exponente de su labor pedagógica fueron las seis tesis doctorales que dirigió, aparte de las numerosas publicaciones originales y traduccio-

nes. Entre sus publicaciones de carácter didáctico figuran tres libros sobre patología clínica y fisiopatología general que fueron publicados en 1960 por la Biblioteca de Biología Aplicada y de los que llegaron a hacerse segundas ediciones. En ellos destaca la precisión y claridad de ideas, unido a un lenguaje científico fluido y elegante. En el prólogo de *Patología clínica veterinaria* el autor alude a su intención de escribir una obra moderna y práctica para el profesional que sirviera también al estudiante de veterinaria. Para que la obra cumpliera su cometido de servicio profesional, el autor y los editores cuidaron de que su precio fuera económicamente asequible a los interesados. Es también conocida su faceta de traductor de los capítulos de Medicina de la Enciclopedia Salvat de la Ciencia y de la Tecnología. Cuando en el panorama veterinario eran escasas las traducciones, salvo las llevadas a cabo por P. Farreras, Luque nos tradujo el libro de técnicas operatorias de Berge y Westhues, el notable libro de Salisbury sobre reproducción e inseminación, el manual práctico de análisis de leche de F. Schenberr y el de las enfermedades de las aves de Fritzsche y Gerriets.

De no haber desaparecido tan joven, es muy posible que hubiera creado escuela y habría descollado, como se esperaba, en el campo de la investigación, para el que estaba tan bien dotado. En definitiva, fue Luque un profesor justo y exigente, entusiasta de su labor y capaz de atraer y fijar la atención de sus alumnos que le querían y respetaban.

«Fue la suya—nos decía su esposa—una vida fecundamente consagrada a la capacitación de sucesivas generaciones de profesionales de la veterinaria.» Pero Luque tenía concertada una cita inexorable con la muerte aquel día 12 de septiembre de 1964, en que al regreso de un viaje informativo por los territorios españoles del Golfo de Guinea contrajo una rápida y virulenta enfermedad que le llevó al sepulcro.

Al evocar ahora su figura nos parece verle de pie con sus gafas ahumadas y su gesto característico hablando en clase a los alumnos. Y yo, que no le conocí ni tuve la satisfacción ni el orgullo de contarme entre sus alumnos, he querido, con el recuerdo, dar otra vez vida a este maestro tan querido de la profesión veterinaria española, que vio cumplido, una vez más, en su persona el fatal destino que hizo malograrse a sus

mejores hombres. Por eso quiero terminar diciendo que el tiempo, que todo lo mata, hará desaparecer a sus amigos y discípulos que le admiraron, pero sus libros y trabajos quedarán como una muestra de una época y de lo que significó el esfuerzo de un hombre con los días contados.

Además todos hemos de brindarle nuestro mayor respeto porque José María Santiago Luque por su empeño idealista fue posiblemente el único caso en nuestra guerra civil de un mutilado que terminó siendo jefe de un Grupo de Topografía y Artillería.

NOTAS

- (1) Confróntese nuestro libro *Hermilio Alcalde del Río. Una Escuela de Prehistoria en Santander*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas. Santander, 1972.
- (2) SANTIAGO ENRÍQUEZ, C. (1913): «La ganadería montañesa y los concursos pecuarios de Santander», *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3 (9): 533-575.
- (3) En la *Nueva Guía de Santander y la Montaña* de 1892 figura ya la calle del Sol dentro de la 4.ª División Municipal de la ciudad con un alcalde de barrio.
- (4) Para conocer la historia de este célebre Instituto y la calidad de aquellos catedráticos humanistas, véase nuestro libro *El Instituto de Santander. Estudio y documentos*, Institución Cultural de Cantabria, Diputación Provincial, Santander, 1971. Confróntese las págs. 101-102, donde figura la reseña biográfica de José M.ª Santiago Luque realizada por el profesor Angel Sánchez Franco.
- (5) Véanse sus declaraciones en la semblanza del profesor Abelardo Gallego en el primer tomo de *Semblanzas Veterinarias*, edic. Laborat. SYVA, León, 1973, pág. 238.
- (6) Comunicación escrita del presidente del Colegio Oficial de Baleares, don Juan Llinás Carbonell (noviembre 1974), muerto después en accidente.
- (7) Comunicación escrita de doña Elena Somolinos, viuda de Santiago Luque. Madrid, octubre de 1974.
- (8) Comunicación escrita.
- (9) Notas biográficas familiares. Comunicación escrita, 1974.
- (10) SÁNCHEZ FRANCO, A. (1971): «José María Santiago Luque», en *El Instituto de Santander*, de B. MADARIAGA y CELIA VALBUENA, Santander, pág. 102.